

7



¡¡¡Alirón!!! (29-04-1984).
EL CORREO dedicó su portada a la última Liga que ha levantado el Athletic.

Silencio sepulcral, once minutos de angustia y éxtasis

IVÁN ORIO

iorio@elcorreo.com

Los recuerdos son casi siempre extremos. Nos solemos quedar con los buenos y los malos, y dejamos arrinconados los intermedios, como los descansos de los partidos en los que no hay un buen bocadillo. El reloj mental tiene un funcionamiento muy particular. Las agujas se detienen en los momentos de éxtasis y de angustia y tienden a olvidar los silencios, como si la ausencia de ruido paralizara su maquinaria. Sin embargo, hay once minutos en la historia del Athletic vinculados a los aficionados de mi generación que han quedado grabados a fuego en nuestra memoria, adolescente por aquel entonces. Son los 660 segundos que

transcurrieron entre los minutos 68 y 79 del último partido de Liga de la temporada 83-84 en San Mamés, que enfrentaba al Athletic y la Real Sociedad. Las matemáticas eran muy claras. Si los leones ganaban eran campeones por segundo curso consecutivo. Si no...

Eran los años del color en los campos de fútbol y el blanco y negro en los periódicos, así que las evocaciones fluyen mezcladas entre las imágenes en vivo del estadio y las fotografías de los días posteriores. La semana previa al choque Bilbao fue nombrada la capital de los nervios y la pasión. No se hablaba de otra cosa que del encuentro ante los donostiarras –y de las permanentes acusaciones de supuesto amaño que llegaban desde Madrid–, y en

los partidillos que se jugaban en el patio del colegio todos los chavales imaginaban que un gol parecido al suyo permitiría a los rojiblancos entonar un nuevo alirón.

Y llegó el ansiado domingo. Los domingos eran los días de fútbol. Las televisiones aún no habían dado el golpe de Estado y no se preguntaba qué día jugaba el Athletic, sino a qué hora. Y a veces ni eso. Aquel encuentro se disputó a las seis. La caminata hasta el fondo de La Misericordia se convirtió en un paseo único de guiños de complicidad, chocar de manos y palabras de ánimo. Los ale-

A falta de once minutos para el final, Liceranu marcó el gol del triunfo.

daños de La Catedral eran un hervidero de seguidores con y sin entrada. Los que habían conseguido una localidad se sentían como arqueólogos en poder del Santo Grial.

El tiempo se detuvo

La fiesta dentro del campo era ya antológica antes incluso de que rodara la pelota. Pero alcanzó su punto álgido en el minuto 18, cuando Liceranu abrió el marcador. Javier Clemente lo celebraba como uno más en el banquillo. Las gradas enloquecían con cánticos, gritos de ánimo, palmas... Pero, de repente, el tiempo se detuvo y el rugido cesó, como si el mundo hubiera dejado de girar y quisiera rebobinar para corregir algún acontecimiento.

Unos segundos antes de ese silencio sepulcral, el balón había llegado a las botas de Larrañaga, que centró al área. Uralde remató de cabeza y el cuero se coló de forma extraña entre el palo y Zubizarreta. Nadie lo cele-

bró. Los 22 futbolistas se quedaron paralizados, hasta el punto de que numerosos aficionados pensaron que el tanto había sido anulado. Pero no. San Mamés enmudeció. Sólo se oían como algo ultraterrenal los ecos de los transistores y un murmullo al principio irreconocible... El de los hinchas que esperaban fuera del estadio. Para más inri, llegaron las peores noticias posibles desde Sarriá. El Madrid había logrado el empate ante el Español y el Barça ya ganaba en el Calderón, así que la Liga era blanca.

Con las piernas atenazadas, los leones tiraron de garrilla para lograr un gol que valía una Liga. Empujaron con el corazón. La cabeza estaba ya a mil revoluciones y no podía detenerse a pensar. En el minuto 79 Liceranu, otra vez él, se elevó en el área a la salida de un córner e hizo el segundo. La Catedral se riñó ante sus héroes en una comunión inolvidable.

